

# Academia Universitaria

## 'Campus Plus'

---

### Introducción

Recuerdo que era un martes nublado cuando llegamos a la **Academia Universitaria Campus Plus**. El edificio, de tres plantas, tenía una fachada gris con un cartel azul algo desteñido. Aun así, el eslogan seguía legible: *“Formación de calidad para un futuro brillante”*.

Nos recibió un murmullo de estudiantes entrando y saliendo. Algunos llevaban mochilas medio abiertas, otros repasaban apuntes escritos a mano mientras bajaban las escaleras. En la recepción, una secretaria atendía a varios alumnos a la vez: contestaba el teléfono, buscaba papeles en un archivador metálico y, al mismo tiempo, intentaba que una impresora algo anticuada expulsara los justificantes de pago.

En un tablón, colocado justo al lado de la entrada, colgaban hojas impresas con horarios. Había tachones en bolígrafo, flechas hechas a toda prisa, notas manuscritas que decían *“clase de Álgebra II → aula 2.4 (provisional)”* o *“pendiente confirmar fecha examen Inglés”*. Uno de los alumnos, al vernos mirar, comentó en voz baja:

— No os fiéis mucho de eso. Lo mejor es preguntar cada semana, porque siempre cambian.

La **Academia Campus Plus** no era nueva. En la sala de reuniones, el director académico nos contó que habían empezado hace diez años, “con apenas tres aulas alquiladas y un puñado de estudiantes que necesitaban apoyo en matemáticas y programación”. Con el tiempo crecieron: ahora superaban los **1.200 alumnos al año** y ofrecían desde cursos de refuerzo universitario hasta talleres de idiomas y preparación de oposiciones.

“Lo curioso —añadió con una sonrisa cansada— es que seguimos trabajando casi igual que al principio: con papeles, correos y hojas de Excel. Y claro, ya no damos abasto.”

Lo confirmé cuando me presentaron a **María**, la secretaria. Tenía sobre su mesa una pila de formularios en papel: datos personales, matrículas de cursos, copias

de justificantes de transferencias. Me mostró, sin que se lo pidiéramos, una hoja Excel con un nombre interminable:

*MATRICULAS2024\_definitivo\_v5\_bueno\_ultimo.xlsx.*

— Y no os creáis, que esta es la buena. Hay otra versión que también se está usando porque un profesor me pidió cambios y no me di cuenta de que estaba editando el archivo equivocado.

Mientras hablábamos, entró un estudiante jadeando. Quería confirmar si su pago había llegado porque “el banco me lo cargó hace tres días, pero aquí me dicen que no aparece nada”. María le pidió que esperara un segundo, buscó en otra carpeta y sacó una hoja con una lista de pagos tachados y a medio actualizar. El alumno suspiró resignado.

— Siempre me pasa lo mismo —nos dijo—. No es culpa de ellos, pero uno nunca sabe si está al día o no.

En otra conversación, un profesor nos explicó cómo compartía sus materiales:

— Yo subo todo a una carpeta en Google Drive. El problema es que otro compañero creó otra carpeta con el mismo nombre, y ahora los alumnos se confunden y descargan versiones distintas. El otro día uno me preguntó por qué el examen que yo había dado no coincidía con los apuntes que él tenía... Resultó que había estado estudiando de un PDF viejo.

La comunicación tampoco parecía mucho mejor. Un grupo de alumnos nos enseñó en su móvil los mensajes de WhatsApp de la clase de Estadística: decenas de mensajes diarios, memes mezclados con recordatorios serios, audios de voz del profesor y preguntas repetidas cinco veces porque nadie encontraba la respuesta anterior.

Todo esto nos dejó claro que la academia había crecido más rápido de lo que sus sistemas podían soportar. Los procesos funcionaban cuando tenían cincuenta alumnos; ahora, con más de mil, se habían convertido en una maraña difícil de manejar.

Visitamos las instalaciones de la Academia para realizar una reunión inicial con los responsables. Durante la visita, nos entrevistamos con los siguientes perfiles:

### **Conversación con el Director Académico**

Nos hicieron pasar a un despacho amplio, con estanterías repletas de libros de texto universitarios y un par de trofeos polvorientos de antiguos torneos de debate. En el centro, tras un escritorio de madera con papeles apilados en

pequeños montículos, nos esperaba **el director académico, el profesor Antonio Ramírez.**

Antonio nos saludó con un apretón de manos y enseguida, casi sin que le preguntáramos nada, empezó a contarnos la historia de la academia desde su propia perspectiva.

— Cuando fundamos *Campus Plus*, hace ya una década, éramos tres colegas de la universidad. Queríamos ayudar a nuestros estudiantes que, a pesar de ser brillantes, se quedaban atascados en asignaturas duras: matemáticas, física, programación... Al principio bastaba con reunirnos en una sala alquilada y llevar las listas en una libreta. Yo apuntaba a mano quién venía, quién pagaba, y con eso nos arreglábamos.

Se recostó en la silla y miró por la ventana, como si recordara con nostalgia.

— El problema es que el proyecto creció. Primero fueron 100 alumnos, luego 300, y ahora andamos por más de 1.200 al año. Y claro, seguimos arrastrando métodos pensados para una docena de estudiantes. Eso es lo que nos está matando: no es que falte ganas, es que nos hundimos en papeles y en archivos duplicados.

Le preguntamos cómo gestionaban actualmente la información. Antonio hizo un gesto con la mano hacia una carpeta azul que estaba abierta en su mesa.

— Mirad esto: aquí tengo listados de alumnos de hace dos años, mezclados con los de ahora. Maria —la secretaria— hace lo que puede, pero con tantas versiones de Excel nunca estamos seguros de cuál es la correcta. Y lo mismo pasa con los horarios: cada profesor me manda cambios por correo, yo intento consolidarlos en un archivo maestro... pero a la semana siguiente ya se ha quedado obsoleto.

Le interrumpió el teléfono fijo del despacho. Antonio lo cogió, escuchó unos segundos y respondió con paciencia:

— No, Jorge, no está en el aula 2.1, está en la 3.2... Sí, ya sé que el tablón dice otra cosa, pero se cambió ayer por la tarde... Sí, avísales tú mismo. Gracias.

Colgó y suspiró.

— Esto que acabáis de oír me pasa casi todos los días. Profesores perdidos porque los horarios han cambiado y los alumnos ni se enteran. Y claro, la imagen que damos es de desorganización total.

Nos habló también de su visión de futuro.

— Nosotros no queremos un sistema solo para guardar datos. Lo que necesitamos es una plataforma que conecte a todos: alumnos, profesores, administración. Que

un estudiante pueda matricularse online, pagar con tarjeta, recibir su factura automáticamente. Que los profesores suban materiales y que sepamos que todos tienen la misma versión. Que yo, como director, pueda ver en un panel quién debe dinero, qué cursos están llenos y cuáles necesitan promoción.

Luego bajó la voz y añadió, casi en confidencia:

— Y, por supuesto, que cumpla con la ley de protección de datos. Ya tuvimos un susto hace unos meses: un alumno se quejó porque su información personal estaba en una hoja compartida sin contraseña. No quiero que eso se repita.

Sin embargo, Antonio no dejaba de desviarse hacia temas más personales. Nos habló de lo mucho que le gustaba dar clase, de cómo odiaba pasar horas revisando correos y que, según él, “ya dedicamos más tiempo a apagar incendios administrativos que a enseñar”.

En un momento, se levantó y nos mostró una pila de carpetas en un armario lateral. Cada una tenía una etiqueta escrita a mano: *Pagos enero*, *Pagos febrero*, *Alumnos pendientes 2022*, *Reclamaciones*. Algunas carpetas estaban medio vacías, otras desbordaban de papeles arrugados.

— Esto debería estar digitalizado hace años —dijo mientras sacaba un recibo con manchas de café—, pero al final nunca tenemos presupuesto para hacerlo en condiciones.

Antes de despedirnos, resumió en una frase lo que esperaba del nuevo sistema:

— Si vosotros sois capaces de darme una herramienta que haga que la secretaria pueda respirar, que los profesores no se peleen por las aulas y que yo pueda dormir tranquilo por las noches, habremos ganado todos.

### Conversación con María, la secretaria administrativa

El despacho de **María** estaba justo detrás de la recepción, separado por un biombo de cristal. Allí nos acomodamos en dos sillas mientras ella intentaba, al mismo tiempo, responder a un correo, atender una llamada y ofrecerme un asiento con la otra mano. El teléfono fijo sonaba sin parar y, aun así, María sonreía como si quisiera disimular el agobio.

— Perdonadme un momento —dijo mientras tecleaba rápido en su ordenador—. Es que un alumno se ha matriculado en dos cursos distintos y no ha pagado ninguno todavía, pero en el sistema aparece como si ya hubiera completado el pago porque alguien lo marcó a mano...

Esperamos pacientemente. Cuando por fin colgó y cerró el correo, se dejó caer en la silla.

— Así estamos todo el día —suspiró—. Yo llevo aquí desde que empezó la academia. Al principio era fácil: diez, quince alumnos, todos conocidos, venían, pagaban en metálico y yo lo apuntaba en un cuaderno. Pero ahora... ahora es un monstruo.

Nos mostró el Excel con el que trabajaba. Había decenas de columnas: nombre, apellidos, DNI, teléfono, correo, curso matriculado, fecha de pago, cantidad, método de pago, notas, observaciones... Algunas celdas tenían comentarios en rojo, otras estaban en blanco.

— Mirad esto —señaló—: este alumno pagó en efectivo, pero yo no llegué a marcarlo porque me interrumpieron con otra cosa. Luego, cuando el director buscó la lista de pagos, le salió como pendiente. El pobre chico se quejó diciendo que había entregado el dinero, y tuve que revisar recibos de dos semanas atrás para comprobarlo. Al final lo encontré, pero perdí casi una hora en esa tontería.

Mientras hablaba, entró otra estudiante preguntando si podía pagar “solo la mitad del curso ahora y la otra mitad el mes que viene”. María sonrió, le pidió que dejara los datos por escrito y cuando se marchó nos dijo en voz baja:

— Eso es otro problema: no tenemos un sistema que gestione pagos fraccionados. Entonces yo lo apunto en una nota aparte, y claro, a veces se me traspapela. El mes pasado tuve tres alumnos que insistían en que ya habían pagado la segunda parte y yo no lo encontraba por ningún lado.

En un archivador metálico guardaba los contratos de matrícula. Sacó uno, arrugado por el uso.

— Esto es lo que rellenan. Algunos escriben con letra ilegible, otros se olvidan de poner el correo, y a mí me toca perseguirlos. Después paso todo al Excel, pero entre llamadas y matrículas se me quedan cosas a medias.

Nos enseñó también la carpeta de Google Drive donde guardaba copias de las matrículas escaneadas. Los nombres de los archivos hablaban por sí solos: *matricula\_JuanPerez\_2023.pdf*, *matricula\_nuevaok2.pdf*, *definitiva\_definitiva.pdf*.

— Y no hablemos de los horarios —añadió con resignación—. Cada profesor me manda cambios por WhatsApp o por correo. Yo actualizo el Excel, pero luego ellos siguen compartiendo el antiguo. El otro día un alumno vino furioso porque llegó a

un aula vacía; resulta que su profesor había cambiado de sala, pero el horario en el tablón no estaba actualizado.

Le preguntamos cómo se sentía con todo esto. María se quedó pensativa y, por primera vez, bajó la voz:

— Me siento desbordada. A veces pienso que si falto un día, esto se hunde. Y no debería ser así. Necesitamos un sistema que nos quite trabajo, no que nos lo multiplique.

Antes de despedirnos, abrió un cajón y nos mostró un montón de recibos grapados. Algunos estaban amarillentos, otros arrugados, con fechas apenas legibles.

— Mirad esto. ¿De verdad alguien cree que esto es sostenible?

### Conversación con los Profesores

La reunión con los profesores fue en una de las aulas grandes del tercer piso. Habían convocado a cuatro de ellos para que nos contaran su experiencia. El aula todavía conservaba el olor a rotulador de pizarra, y sobre las mesas quedaban hojas olvidadas con fórmulas a medio resolver. Los docentes llegaron poco a poco, algunos con café en la mano, otros con carpetas llenas de apuntes.

El primero en hablar fue **Javier**, profesor de Matemáticas. Se sentó frente a nosotros, acomodó sus gafas y, casi sin saludo, comenzó a quejarse:

— Lo peor es la duplicidad de materiales. Yo preparo mis apuntes con cuidado, los subo a una carpeta en Google Drive que supuestamente es la “oficial”. Pero después me entero de que otro compañero creó otra carpeta con el mismo nombre. Resultado: los alumnos nunca saben cuál es la versión correcta.

Sacó de su carpeta un examen.

— Mirad este caso: un estudiante me entregó un examen basándose en un temario de 2021 porque lo descargó de la carpeta equivocada. Suspenso, claro, aunque el error no era suyo.

**Laura**, profesora de Inglés, intervino con un suspiro.

— A mí me pasa algo parecido. Yo envío materiales por correo a mis alumnos porque así me aseguro de que les llega. Pero entonces me empiezan a responder cada uno por su lado, y termino con veinte hilos distintos. Y lo peor: algunos alumnos no revisan el correo nunca, solo miran el WhatsApp. Entonces tengo que repetir la misma información en tres canales diferentes.

El tercero, **Sergio**, profesor de Programación, era más directo.

— Yo uso GitHub con mis alumnos avanzados, pero claro, los de primer curso ni saben lo que es. Entonces subo los archivos al Drive, pero luego alguien borra cosas por error. El otro día desapareció todo un proyecto de ejemplo. Nadie sabe quién lo hizo.

**María José**, profesora de Economía, añadió otra capa de caos:

— Y cuando hablamos de horarios, la cosa es aún peor. Me han asignado aulas diferentes tres veces en la misma semana. Un día llegué con veinte alumnos y había otra clase ocupándola. Tuvimos que sentarnos en el pasillo a improvisar. Eso da muy mala imagen.

Los profesores empezaron a hablar entre ellos, como si se desahogaran al fin. Cada uno tenía una historia que añadir:

- “Los alumnos me escriben a medianoche para preguntarme cosas y esperan respuesta inmediata porque dicen que otros profes contestan por WhatsApp.”
- “A veces me entero de cambios de examen por los propios alumnos, no por la administración.”
- “El director me pide un informe de asistencia, pero yo no tengo forma de llevar un registro digital. Lo hago a mano en una libreta.”

En medio de la conversación, se generó cierta contradicción. Laura defendía que todo debía ser centralizado en una sola plataforma, mientras que Javier dudaba: — Sí, suena bien, pero ¿qué pasa si falla el sistema? Con mi libreta yo al menos sé que lo tengo aquí.

Sergio rió con ironía:

— Con tu libreta, Javier, lo único que tienes es más trabajo para María, que al final tiene que digitalizarlo todo otra vez.

Se creó un silencio incómodo. Finalmente, María José concluyó:

— Lo que necesitamos es una solución clara. Ni Excel, ni WhatsApp, ni veinte carpetas distintas. Un sistema único donde cada profesor suba sus cosas y cada alumno sepa dónde buscarlas. Y que nosotros podamos fiarnos de que los datos son correctos.

Cuando terminó la reunión, quedó la sensación de que todos coincidían en el problema, aunque cada uno lo explicaba a su manera. Había que leer entre líneas: algunos reclamaban control, otros flexibilidad, y todos, en el fondo, pedían **orden**.

## Entrevista con los Estudiantes

La cita con los estudiantes fue en la pequeña cafetería que hay junto al edificio de la academia. Las mesas estaban ocupadas por grupos que hojeaban apuntes, otros charlaban animadamente y algunos simplemente mataban el tiempo mirando el móvil. Allí nos reunimos con cinco alumnos de distintos cursos y edades.

El primero en hablar fue **Carlos**, estudiante de Ingeniería. Se notaba que estaba frustrado.

— Lo peor es no saber nunca dónde tienes clase. El tablón de anuncios dice una cosa, el WhatsApp otra, y al final acabamos preguntando entre nosotros. Una vez di por perdido un examen porque llegué media hora tarde al aula equivocada.

**Lucía**, estudiante de Economía, levantó la mano como si estuviera en clase.

— A mí lo que más me molesta son los pagos. Yo hice una transferencia bancaria, envié el justificante por correo, y tres semanas después me dijeron que seguía como “pendiente”. Tuve que volver con el resguardo impreso. Me trataron como si no hubiera pagado, y lo peor es que no era la primera vez.

**Andrés**, que llevaba sudadera con capucha, intervino con tono irónico:

— Yo ya ni miro el tablón. Directamente pregunto a los profes o a mis amigos. El sistema actual es como una tómbola: a veces aciertas y otras veces no.

Los demás rieron, aunque no parecía una risa feliz.

**Sara**, de Psicología, explicó otra dificultad:

— Yo necesito compatibilizar mis estudios de la universidad con los cursos de aquí. Entonces me interesa mucho poder ver los horarios con antelación y saber si se solapan. Pero con tanto cambio y tanta hoja Excel, no sé nunca si puedo planificarme. A veces me apunto a un curso y luego resulta que coincide con mis prácticas en la universidad.

Mientras hablábamos, **David**, estudiante extranjero, sacó su móvil y nos enseñó un grupo de WhatsApp con más de 300 mensajes sin leer.

— Yo no entiendo cómo podemos organizarnos con esto. Aquí hay de todo: recordatorios de exámenes, preguntas de alumnos, memes, audios... Es imposible encontrar la información que buscas. El otro día quise revisar cuándo era el examen de inglés, y tuve que leerme 200 mensajes hasta dar con la respuesta.

Lucía añadió:

— Y lo de los materiales ya es el colmo. A mí me han pasado tres versiones distintas del mismo temario de Estadística. Una con errores, otra incompleta y una tercera que ni siquiera tenía la fecha. ¿Cómo se supone que vamos a estudiar así?



Carlos golpeó la mesa con la mano abierta, como quien quiere cerrar un debate:  
— Lo que queremos no es tanto que sea bonito, sino que funcione. Un sitio único donde ver horarios, apuntes, exámenes, notas, todo. Si fuera así, nos ahorraríamos muchísimos disgustos.

Sin embargo, Andrés no estaba del todo de acuerdo.

— Sí, vale, pero ¿qué pasa si falla la web? Con el WhatsApp, al menos, siempre nos enteramos de algo, aunque sea mal. Yo creo que deberíamos tener las dos cosas: lo oficial en una plataforma y lo informal en el chat.

Sara torció el gesto.

— Eso es precisamente lo que nos confunde. Demasiados canales, demasiadas versiones. Yo solo quiero claridad.

La reunión terminó con una especie de consenso improvisado: los estudiantes pedían orden, transparencia y acceso rápido a la información, aunque algunos seguían aferrados a lo que ya conocían. Lo cierto es que, escuchándolos, quedaba claro que el sistema actual les generaba más ansiedad que confianza.

## Entrevista con el Técnico de Informática

Nos dijeron que el técnico de informática de la academia no tenía despacho fijo, sino un pequeño espacio improvisado en la tercera planta, al lado de un cuarto lleno de routers parpadeantes, cables enredados y un ventilador viejo que zumbaba sin descanso. Allí conocimos a **Raúl**, un chico de treinta y pocos años, con camiseta negra y auriculares colgando del cuello.

Raúl nos recibió con un gesto de cansancio.

— No os imagináis la de parches que tengo que poner cada semana para que esto no se caiga.

Señaló un armario metálico donde había varios discos duros externos.

— Estas son nuestras “copias de seguridad”. Entre comillas, porque las hago yo manualmente cuando me acuerdo. No hay un sistema automático. Y claro, si un día se me pasa, pues ese día estamos vendidos.

Le preguntamos por la seguridad de los datos. Raúl se rió con amargura.

— Seguridad, dice... Tenemos carpetas en Google Drive compartidas con enlaces públicos. Cualquiera que tenga el link puede entrar. El año pasado, un exalumno todavía podía acceder a material de cursos actuales. Me enteré porque él mismo me lo contó, en plan “oye, que aún veo todo”. Imaginaos que hubiera sido alguien con malas intenciones.

Mientras hablábamos, su móvil vibró. Lo miró y frunció el ceño.

— Otro problema con el WiFi... —murmuró, y contestó de inmediato—. Sí, sí, ya lo sé, es que está saturado porque todos los alumnos se conectan a la vez. Intenta reiniciar el router... No, si lo apagas no arreglas nada... Vale, voy en un rato.

Colgó y volvió a mirarnos.

— Ese es otro drama. La infraestructura no está pensada para tantos usuarios. Tenemos un router de gama doméstica para más de cien conexiones simultáneas. Obviamente se cuelga cada dos por tres.

Le preguntamos por los sistemas que usaban actualmente para la gestión de la academia. Raúl nos mostró su portátil:

— Básicamente, un Excel central que a veces está en este ordenador, otras veces en el de María, y otras en un pendrive que ronda por aquí. Además, hay un programa antiguo que compraron hace años para la contabilidad, pero casi nadie lo usa porque es lento y está en un solo ordenador.

Nos contó una anécdota reciente:

— Hace poco, María me pidió que buscara el archivo de matrículas del curso pasado. Lo encontramos en un pendrive, pero estaba dañado. Conseguí recuperar parte, pero otra se perdió. Y claro, nadie sabía exactamente qué alumnos se habían dado de baja a mitad de curso. Al final tuvieron que llamar a cada uno para confirmar. Un desastre.

Raúl parecía debatirse entre la resignación y la ilusión contenida.

— Yo llevo tiempo diciendo que necesitamos un sistema centralizado, con copias de seguridad automáticas y acceso seguro. Pero nunca hay presupuesto. Siempre dicen: “ya lo haremos el año que viene”. Y aquí seguimos, parcheando.

Nos mostró también cómo gestionaba los usuarios de las plataformas online.

— Para Zoom y Teams, yo creo cuentas individuales a los profesores. Pero claro, cuando uno se olvida de la contraseña, me llaman a mí a cualquier hora. El mes pasado me despertaron un domingo porque había un examen online y el profesor no podía entrar.

Finalmente, nos confesó un miedo que llevaba tiempo guardando.

— Un día esto va a petar. Y cuando pase, no quiero ser yo el único culpable. Yo hago lo que puedo, pero la verdad es que el sistema actual es una bomba de relojería.

## Contradicciones, Problemas y Oportunidades

Al terminar todas las entrevistas, salimos al pasillo de la academia con la cabeza llena de información. Habíamos escuchado tantas voces diferentes que era difícil organizar las ideas. Cada persona nos había contado su versión, a veces coincidiendo, a veces contradiciéndose. Y, sin embargo, todas apuntaban en la misma dirección: **el sistema actual estaba roto**.

El director académico hablaba con nostalgia del pasado y con preocupación por el futuro. Para él, lo más urgente era **tener control y visión global**: estadísticas, informes, poder anticiparse.

María, la secretaria, en cambio, pedía algo más sencillo y humano: **respirar**. Su día a día era una carrera contrarreloj contra papeles, pagos mal registrados y alumnos enfadados.

Los profesores coincidían en que necesitaban un espacio único para materiales y horarios, pero discrepaban en cómo hacerlo. Javier defendía la libreta y el Drive como salvavidas “porque siempre funcionan aunque lo demás falle”. Sergio, en cambio, pedía un sistema moderno, incluso con integración a herramientas como GitHub. Laura quería simplicidad absoluta: “un único lugar donde subir y descargar, sin más complicaciones”.

Los alumnos, por su parte, clamaban por orden. Lucía se desesperaba con los pagos, Carlos con los horarios, David con los grupos de WhatsApp, y Sara con la imposibilidad de planificar. Solo Andrés parecía resignado al caos, defendiendo el uso de canales informales porque, aunque fueran confusos, “al menos siempre pasa algo de información por ahí”.

Y Raúl, el técnico de informática, aportaba otra capa: el riesgo latente de una **fuga de datos** o de perder información crítica en un pendrive dañado. Su visión era clara: lo que había era insostenible, pero nadie lo escuchaba lo suficiente.

### Contradicciones detectadas

- **Centralización vs redundancia:** unos pedían un sistema único, otros temían depender demasiado de un solo canal.
- **Simplicidad vs flexibilidad:** mientras los alumnos querían claridad y rapidez, algunos profesores pedían opciones más avanzadas.
- **Tradición vs modernidad:** Javier confiaba en su libreta, Sergio en GitHub; ambos defendían soluciones incompatibles.

- **Informalidad vs formalidad:** los grupos de WhatsApp servían como parche, pero eran fuente de caos y desinformación.

### Problemas más recurrentes

1. **Matrículas y pagos:** confusión, retrasos, registros incompletos.
2. **Horarios y aulas:** cambios constantes, solapamientos, información desactualizada.
3. **Materiales de estudio:** duplicados, versiones diferentes, pérdida de archivos.
4. **Comunicación:** dispersión entre WhatsApp, correos, tablón y rumores.
5. **Seguridad y tecnología:** copias de seguridad manuales, accesos sin control, infraestructura débil.

### Oportunidades

En medio del caos, había una oportunidad clara: diseñar un sistema que recogiera todas estas necesidades en un solo espacio.

- Un **portal de alumnos y profesores** donde consultar horarios, materiales, notas y mensajes.
- Una **plataforma de pagos** que registrara automáticamente las transacciones.
- Un **módulo de administración** con informes para la secretaria y el director.
- Una **infraestructura segura**, con copias automáticas y accesos controlados.

El reto no era solo técnico: también había que conseguir que todos, desde Javier con su libreta hasta David con su WhatsApp, confiaran en el nuevo sistema.

Mientras salíamos de la academia, Antonio, el director, nos alcanzó en el pasillo y nos dijo con tono serio:

— Espero que todo lo que habéis escuchado os sirva. Yo sé que no será fácil. Pero si conseguimos ordenar este lío, no solo ganaremos eficiencia: también daremos a nuestros alumnos la confianza que merecen.

Y con esas palabras, cerramos la primera visita. Nos llevábamos veinte páginas de notas, testimonios y anécdotas. No todo era información útil, pero justamente ahí estaba la clave: **había que aprender a separar el grano de la paja.**